

SOLUCIONES POLITICAS, NO SINDICALES

La importancia de los sucesos franceses nos obliga —por fidelidad informativa— a romper la estructura habitual de estas páginas para dar en ellas incluso la conferencia de prensa de Mitterrand, del martes día 28, y la dimisión de Peyrefitte, ministro de Educación Nacional. En las páginas 40 a 49, 53 y 68, ofrecemos el desarrollo de los hechos desde el 22 de marzo al jueves 23 de mayo, y en la página 46 una información de los días 24 y 25.



IH A nacido un nuevo partido revolucionario en Francia? Al final del mitin celebrado el lunes ante cincuenta o sesenta mil personas —40 por 100 obreros, a pesar de las consignas sindicales de abstención; 60 por 100 estudiantes—, después de su demostración de orden —ni un solo disturbio a pesar de la enorme concentración humana— que seguía a la demostración de su capacidad de combate en las calles en los días anteriores, es una impresión bastante sólida. Entre banderas rojas y cantos de la Internacional, los oradores estudiantes y obreros —algunos de éstos dimisionarios de la C. G. T. y del partido comunista— han repetido las frases: reforma de estructuras, socialismo, unión de estudiantes y obreros, apertura de la Universidad a todos, mejora inmediata de las clases trabajadoras. Un político silencioso y tenaz entre estas frases, entre estos actos, entre estas cantaras: Pierre Mendès-France. Fue él quien lanzó el desafío a De Gaulle el viernes: «Un plebiscito no se discute, se combate». Aquí, aclamado por la masa, no ha querido hablar. Ha pronunciado una sola frase: «Yo no soy un sindicalista, soy un político». Frase cargada de sentido, en la que se puede entender que Mendès-France pretende tomar la dirección política de este movimiento. Pero a pesar de esta discreción ha marchado

por las calles junto a los manifestantes, se ha sentado en la tribuna. Mendès-France fue miembro del partido radical, presidente en el Consejo de Ministros en días de la guerra de Indochina: quiso reagrupar a la izquierda sobre bases intelectuales y económicas (se le comparaba con Roosevelt). Fundó la revista «L'Express» —que después ha evolucionado notablemente— y se fue, poco a poco, después de su gobierno hacia la izquierda: hoy está en las filas del partido socialista unificado. En este mitin de París, como en los de provincias, muchos obreros de la C. G. T. han desobedecido las consignas de su central sindical. En este mitin se ha escuchado a la multitud pedir la dimisión de De Gaulle y también la de George Seguy, Secretario General de la C. G. T., mientras a la sede del partido comunista llegaban cartas de militantes protestando de la actitud «antirrevolucionaria» del partido. Quizá la sanción más dura es una que le ha llegado en forma de manifiesto del partido comunista italiano, incapaz de comprender la actitud del «partido hermano».

La gran ruptura había comenzado el lunes 27. A las siete de la mañana, con los ojos enrojecidos por el insomnio, la barba dura y la voz ronca, el Primer Ministro salió de la sala, densa de humo, del Ministerio de Asun-

tos Sociales para anunciar que el parto había sido feliz: la conferencia entre patronos, sindicatos y gobierno, cuya última sesión había durado quince horas seguidas y en su totalidad veintinueve horas (desde el sábado a las tres de la tarde, con muy escasas interrupciones), había conseguido un acuerdo. Elevación del salario mínimo a tres francos hora (unas cuarenta pesetas), aumento del diez por ciento en los salarios reales (siete por ciento a partir de junio y tres por ciento a partir de octubre), abono de la mitad de los salarios perdidos por las huelgas, pero a condición de recuperarlos en horas extraordinarias... Los rostros de los dirigentes de la C. G. T. estaban cansados, pero alegres. Seguy dijo «en veintinueve horas hemos progresado en la mejora de la clase obrera más que en los treinta años precedentes». Grave semblante compuesto en los patronos: «Es un sacrificio: muchas empresas pequeñas no podrán soportarlo, pero hemos aceptado para evitar la parálisis del país». No se había hablado de la Universidad. Por otra parte, otras negociaciones debían proseguir: las de los sectores nacionalizados y los servicios públicos en los que el Estado representa el papel de patrón. En la atmósfera densa y cansada del Ministerio de Asuntos Sociales se tuvo un momento la sensación de que todo había termi-

nado. Se daban fechas para el final de la huelga. Se suponía que el miércoles, teniendo en cuenta las dificultades técnicas de volver a poner en marcha todo el aparato congelado del país. Sin un minuto de descanso, el secretario general de la C. G. T., George Seguy, corrió a las fábricas Renault, ocupadas por los huelguistas. Por su importancia económica, por su número de obreros, por su situación al borde de París, las fábricas Renault han sido siempre un barómetro de la situación social. Esta vez lo han vuelto a ser. Seguy habló a los obreros para explicarles los acuerdos, y los obreros le rechazaron. No aceptaron lo que se había pactado. Alguien lanzaba un grito y los demás coreaban: «Gobierno popular», «Unidad». Cuando Seguy, volviendo rápidamente atrás de su optimismo, advirtió que los acuerdos no estaban firmados, el inmenso coro de unos millares de personas repitió: «No los firmes, no los firmes». Casi inmediatamente comenzaron a llegar reacciones de otras fábricas y de otras ciudades de Francia y todas eran unánimes. No se aceptaban los acuerdos. Los militantes de base, los obreros huelguistas de toda Francia rechazaban los acuerdos de sus dirigentes con los patronos. Explicación de un comité de huelga: «Estas concesiones que se hacen hoy carecerán de valor mañana. Mientras no se reformen las es-



El estadio de Charlety, París, en la tarde del lunes 27, lleno de millares de estudiantes y obreros.

Pierre Mendès-France, ex primer ministro de Francia, un asistente más a esta gran concentración política, dijo: "Yo no soy un sindicalista, soy un político". Mitterrand lo considera un posible Presidente de un posible gobierno provisional.

estructuras sociales y económicas del país, todo será inútil. A la subida de salarios corresponderá un alza de precios y una devaluación de la moneda y la clase obrera habrá perdido todo el terrible esfuerzo de esta huelga sin precedentes. La huelga, por lo tanto, se ha endurecido. Unos cortes de corriente eléctrica han servido de advertencia: es el arma que los huelguistas conservan en su reserva. Hasta ahora, la electricidad, el agua y el gas funcionan, como el teléfono, en casos de urgencia, porque los comités de huelga los mantienen. Pero en cualquier momento los pueden cortar.

Movimiento rápido del partido comunista: una carta de Waldeck-Rochet a Mitterrand, de la Federación de Izquierdas, para pedirle una reunión y establecer un programa común. La urgencia del caso requería la reunión inmediata en la misma jornada. Respuesta glacial de Mitterrand: «No tengo tiempo». Mitterrand ha querido reunir primero su Comité central; después celebrar una conferencia de prensa para que sus puntos de vista queden claros. Quiera, sobre todo, ganar tiempo. El partido comunista se está alisando y ahora es peligroso unirse a él. Hace unos meses, la Federación de Izquierdas era reticente con los comunistas por miedo a su derecha; ahora lo es por miedo a la izquierda.

Movimiento gubernamental: un Con-

sejo de Ministros. Es breve. En él De Gaulle felicitó a Pompidou por haber conseguido unos acuerdos que a esas horas son ya papel mojado, y anunció el decreto ley de referéndum. Este decreto ley se publicó el miércoles en el «Boletín Oficial». Su redacción ofrece un punto de vista muy interesante: si el viernes De Gaulle pedía para sí los plenos poderes para proceder a la reforma de la Universidad, de la condición obrera y social, ahora los pide no sólo para él sino también para el Gobierno y para el Parlamento. Ya no quiere estar solo. El hombre que deshizo el Parlamento lo necesita ahora. Más aún, lo convoca con urgencia. El martes comienza una reunión en la Asamblea, donde se oirán las referencias gubernamentales de la situación, y se abre un debate. Parece posible que al terminar ese debate se deposite una nueva moción de censura.

De Gaulle anuncia también el programa del referéndum: el día 4, apertura de la campaña electoral dentro de los límites constitucionales; el 16, votación. En la víspera de la iniciación de la campaña el general aparecerá otra vez ante la radio y la televisión. Pero aquí surge otra curiosa modificación: va a celebrar un «diálogo». ¿Con quién?, ¿con algún elegido por él, con un opositor fingido?, ¿con un opositor real?, ¿con Mendès-France? Hasta ahora esto es un misterio. Pero el hecho está ahí: el hombre de los monólogos ha decidido dialogar. El poder solitario no es siempre confortable. No siempre es útil dividir la nación para gobernar solo: cuando se quiere reagrupar, ya no hay más que facciones. Ahora, De Gaulle se ve rápidamente abandonado.

Para los más exaltados, este calendario no se cumplirá nunca: la presión de la masa pide hacer dimitir a De Gaulle antes de tiempo. En ese caso, se celebrarían nuevas elecciones presidenciales y la fisonomía del país cambiaría rápidamente. Otro rumor: antes del referéndum, para hacer frente a la crisis, De Gaulle formaría un «Gobierno de unión nacional» con su propio partido, con representantes de

la Federación de Izquierdas y hasta con algún ministro comunista. Trataría de aislar el poder revolucionario naciente mediante una coalición de las fuerzas del sistema. ¿Es demasiado tarde ya? En la calle se habla de «poder estudiantil», se habla de «poder obrero», se habla de «poder joven». Quizá sean sólo frases, pero hasta este momento quienes los representan tienen la situación en sus manos. La revuelta, que tiene su prehistoria el 22 de marzo en Nanterre, se ha ido coagulando, estructurando, formando a sí misma. Reagrupa políticos de prestigio, sindicalistas combativos, intelectuales, profesores y estudiantes no sólo universitarios, sino también de los Institutos de segunda enseñanza. Los comentaristas coinciden en señalar que el viernes fue un día decisivo para la formación de los frentes, pero que el lunes fue un día histórico por la creación de este gran movimiento.

¿Puede el Estado tomar reacciones de fuerza? Se ha rumoreado mucho sobre una entrevista que se celebró el lunes entre el ministro del Interior y el ministro del Ejército. El ministro del Ejército es un civil, miembro del partido degaullista. Pero los jefes del Ejército, los militares, no han pronunciado hasta ahora una sola palabra en ningún sentido. Unas maniobras que se celebran anualmente en las puertas de París por esas fechas, han sido suspendidas por el Estado Mayor, para evitar que la presencia de tanques y tropas se interpretase de una manera errónea. Por otra parte, la evolución de las manifestaciones hacia la no violencia, hacia la estructuración en movimientos políticos, no da pretexto ahora a una intervención más ruda por parte de nadie.

François Mitterrand ha lanzado su solución. Antes de entrevistarse con el secretario general del partido comunista francés, Waldeck-Rochet, ha propuesto, en conferencia de prensa, que se constituya un Gobierno provisional, formado por diez personas de distintas tendencias, al frente del cual debería figurar un hombre de la talla de Pierre Mendès-France. Mitterrand

da por descontada la caída de De Gaulle en el referéndum del día 16 de junio. Ese Gobierno provisional debería hacerse cargo del poder hasta que se celebrasen las elecciones para la Presidencia de la República, a las cuales se presentaría como candidato François Mitterrand. Anunció, después, que habrá disolución de la Asamblea y formación de una nueva, que dará al país las reformas que éste requiere. El Presidente de la Federación de Izquierdas se manifestó partidario de una Universidad autónoma, de autogestión, aunque controlada en lo financiero por el Gobierno. De Daniel Cohn-Bendit afirmó que debe ser considerado como francés nacido en Francia y estudiante francés y que, por tanto, las sanciones que han recaído sobre él no pueden ser consideradas como legales. (Recordamos lo que dijimos en el número anterior: Cohn-Bendit conserva la nacionalidad alemana; sus padres escaparon del nazismo en 1933).

La propuesta de Mitterrand, su programa, se aleja de la legalidad constitucional, ya que ésta prevé que, en caso de dimisión del Presidente de la República, éste sería automáticamente sustituido por el Presidente del Senado, y el Gobierno se mantendría provisionalmente hasta las elecciones presidenciales.

También Pompidou ha reunido por el mismo tiempo a la prensa para anunciar la dimisión de Alain Peyrefitte, ministro de Educación, cartera de la que se hacía cargo él mismo. Expresó su propósito de reunir inmediatamente a personalidades universitarias eminentes, «respetadas por los estudiantes», para proceder con urgencia a una reforma de la Universidad. Apenas acababan de ser pronunciadas estas palabras cuando el Vicepresidente de la U.N.E.F., Sauvageot, respondió que el problema universitario desbordaba ampliamente el cuadro de un Ministerio de Educación Nacional; lo que se plantea es un problema general de la sociedad y del gobierno del país.

E. H. T.
Martes, 28